

De las tres potencias signatarias de la convencion tripartita, dos al menos, España y Francia, tenían decidido en su ánimo, de una manera definitiva, la caída irrevocable del gobierno constitucional de Juárez. La Inglaterra tomaba participio en la aventura para salvar los bonos de su deuda, porque su único punto de vista era cobrar su cuenta: tal es su antigua política de banqueros.

España traía, además de sus rencores tradicionales, la profunda convicción de que mientras rigiese la fórmula constitucional, el gobierno republicano jamás reconocería como válido el tratado Mon-Almonte. Solo cayendo Juárez, podía hacerse pagar todos sus créditos falsificados, hasta la indemnización por la captura de la barca *Concepcion*, aprehendida cuando llevaba material de guerra para las tropas de Zuloaga que sitiaban á Veracruz. Y aun soñaba en que le sería posible, si triunfaban sus planes, plantear en México un trono para D. Juan Borbon.

Francia, la Francia oficial se entiende, odiaba á su vez al gobierno de Juárez. Su deuda no era lo que mas la preocupaba; solo Saligny y otros dos personajes muy próximos á las gradas del trono, tenían como idea fija sacar adelante la especulación del negocio Jecker, de la cual obtendrían una fortuna régia. El representante de Francia comprendía que el gabinete constitucional no lo dejaría meter mano en el tesoro de la República. Pero Napoleon III, aunque arrastrado por las influencias tan íntimas que lo rodeaban, y por las utopías que siempre han fermentado en su cerebro tan incompletamente formado, prohibió la idea de plantear un trono tal como se lo sugerían las reales hembras de su familia y los emigrados mexicanos.

Napoleon III, el preso por deudas en las Tumbas de Nueva-York, el héroe de Strasburgo y del 2 de Diciembre, el traductor de los Comentarios de César, tiene la monomanía del renombre. Solamente que le acontece casi siem-

pre confundir la gloria con el escándalo ruidoso y sangriento. Esto explica sus perpétuos fiascos: intenta una empresa, arrastra á ella á la Francia, triunfan sus zuavos y..... el emperador retrocede ante la victoria. ¿Qué será cuando tenga enfrente la derrota?

De ese extraño conjunto de causas resultó que quedara decidida la expedición á México. "Se iría, pensaba sin duda cada potencia, se cobraría la deuda fuese ó no justa, se ocuparía la atención de los súbditos descontentos, se cambiaría la forma de gobierno actual, y despues..... ya se vería quien tomaba la parte del Leon."

Para encerrar tan opuestas miras, se dictó la convencion tripartita tan vaga como lo hemos dicho ya. Esa envoltura tan ténue de la minuta de los plenipotenciarios podía romperse á la hora precisa por el mas fuerte ó por el mas audaz.

Sigamos adelante.

Pero ántes de que nos ocupemos del candidato para el trono de México, fijémonos ya en Kératry, á quien hemos suprimido por un momento, sin olvidarlo sin embargo.

El instruido escritor, en el capítulo primero de su obra, es excesivamente lacónico al hablar de los principios de la intervencion.

Pasa con tal rapidez sobre estos sucesos, que nos ha obligado á que nos detengamos en ellos para llenar un hueco tan importante: su omisión nos ha obligado á ser difusos, á fin de que la presente obra sea una pieza de alto valor en la recopilación de la historia de esta época.

El erudito conde E. de Kératry vé el asunto de la convencion de Lóndres con tal indiferencia, que aun ha equivocado la fecha en que se firmó ese tratado, asignándole la de 30 de Noviembre de 1861, cuando un mes ántes ya es-

taba signada por los representantes de las altas partes contratantes.

Y con igual ligereza pasa sobre los sucesos posteriores, rozando apenas con su pluma la ocupacion de Veracruz, los tratados de la Soledad y el rompimiento de los preliminares.

En su segundo capítulo es igualmente breve. La invasion francesa, el desastre de Puebla, la mision de Forey, el sitio de Puebla y su ocupacion, la entrada de los invasores á la capital y la decision de la junta de notables, apenas le merecen una poca de atencion. Kératry no entra al detalle sino cuando comienzan las glorias del general Bazaine. Entonces sí no desperdicia pormenor alguno, siempre que importe cada hoja de papel escrito una hoja mas de laurel para la frente de su héroe. Esto no importa una recriminacion. Bazaine es un hombre público, figuró en los asuntos de México en una escala muy alta, y cada uno es libre para censurar sus actos ó para defenderlos, segun le diete su conviccion íntima. Todo escritor es libre para consagrar su inteligencia á quien mas le agrada.

Dada así la razon última de mi trabajo anterior volvamos la vista á Miramar, porque despues nos fijaremos preferentemente en el suelo de México agitado por mil terremotos.

IV.

Habia por aquel tiempo una jóven pareja encerrada en los torreones del castillo de Miramar.

Eran Fernando Maximiliano, archiduque de Austria, y María Carlota Amalia, su esposa, la hija de Leopoldo I rey de los belgas.

Rubio él, esbelto, garrido y de una belleza llena de virilidad, tenia una mirada tan inteligente y dulce que bastaba para borrar la mala impresion que dejaban la exajerada cuadratura de su mandíbula y sus labios tan característicos de la raza austriaca. Era un real soñador.

Hermosa ella, aunque contorneados su rostro y su talla por líneas algo duras y fuertes, poseía una alma apasionada y un juicio admirable.

Los dos ilustres esposos pasaban las horas lentas y cansadas de su vida contemplando las azules aguas del Adriático, que azotaban la roca en que estaba asentado su castillo.

Las miradas de ambos se perdian en aquella inmensidad soñando en un país remoto muy lejano, cuyo nombre apenas podian pronunciar, en el cual pensaban ir á plantar un trono en que sentarse.

Sus sueños de ambicion dilufan sus arranques de amor.

Enteramente los absorvia la imagen de un imperio en México que habian ido á ofrecerles.

Véamos como habia surgido aquella candidatura, haciendo á un lado todo lo que tenga el carácter de conjetura.

Los emigrados mexicanos, ó mas bien dicho, dos de los que se decian representantes del partido monarquista, consultaron al rey de Austria si Maximiliano aceptaria ó no la corona de México en caso de que se le ofreciera por iniciativa de la Francia y con la aprobacion de Inglaterra. Esto pasaba cuatro meses antes de que se firmara la convencion.

En Octubre de 1861, es decir, cuando se estipulaba el convenio tripartito, confidencialmente hizo igual interrogacion la corte de las Tullerías, y al punto se envió al conde de Rechberg en comision á Miramar, cerca del príncipe Maximiliano.

Los emigrados mexicanos y Napoleon se habian asociado para hacer el papel de tentadores; se habian sentado sobre la roca aislada que levantaba su cresta sobre el lago de Trieste. Y desde allí habian mostrado al príncipe de Hapsburgo, entre las luces de un dorado espejismo, un país privilegiado bañado por un cielo de zafiro, vestido con un manto de flores, y vetado en sus entrañas por filones de plata y oro. Ese país era México, y su imperio era el que ofrecian á aquellas dos almas torturadas por la ambicion del mando, á aquellos dos jóvenes, que colocados junto á las gradas de un trono que anhelaban sin poder alcanzar, sufrían los tormentos de Tántalo entre los esplendores de la corte de Austria.

La tentacion era suprema, invencible, y no pudo la noble pareja resistir á ella.

Hé aquí en lo que pensaban los dos príncipes contemplando el horizonte y las olas desde su castillo de Miramar.

La intervencion tenia ya un candidato que aceptaba, aunque con ciertas restricciones é imponiendo condiciones, el trono con que se le brindaba.

Pero ese candidato debia quedarse en la sombra y detras de bastidores, hasta que llegara la hora de presentar á un pueblo atónito al rey que le decian habia elegido sin conocerlo, sin haber oido jamás su nombre.

Pero el secreto no se guardaba tan bien por los que lo poseian, que no se traspirase tanto entre la oposicion de la cámara francesa como en el mismo México.

Y sin embargo, de las tres potencias complicadas en la intervencion, Inglaterra y España ignoraban los planes ulteriores de su otra aliada. España sobre todo, era completamente engañada, y marchaba á la ventura creyendo que iba á tener en México una sucursal monárquica encargada á D. Juan Borbon.

Solo la Francia sabia adonde iba. Sospechó, sin embargo, que el gobierno de S. M. B. estaba en el secreto del atentado francés, y que si no era cómplice en él, lo toleraba aguardando sacar con su disimulo todas las ventajas posibles á favor de su deuda. Con motivo de haberse anticipado á partir la escuadra española para las costas americanas, lord Russell aprobaba el aumento del efectivo francés, el avance del cuerpo expedicionario al interior del país, y otras operaciones que anunciaba hacer la Francia, y que importaban otras tantas violaciones del tratado de 31 de Octubre.

El tiempo avanzaba entretanto, y mientras se intrigaba así en Europa, México vió al fin la primera nube de la tempestad desplegar su ala negra entoldando el trasparente azul de su cielo.

La España, como anuncié ántes, habia hecho partir su escuadra, faltando á lo estipulado y mintiendo despues torpemente para disculpar esta infraccion.

El almirante D. Joaquin Gutierrez de Rubalcaba obedeció fielmente las órdenes de Serrano el capitán general de Cuba, y el enemigo más gratuito de México.

El 8 de Diciembre de 1861, después de nueve días de navegación, llegó la escuadra española á las aguas de Veracruz.

La ciudad estaba muda, triste y sombría, pero en su actitud reservada se leía la profunda irritación que le causaba la presencia del enemigo. No podía arrojarse sobre él y despedazarlo; y esto le impacientaba.

Pero el gobierno de México quería agotar todos los medios de prudencia y solo aceptar la guerra en último extremo. En tal virtud había dado órdenes para que se retirase de la ciudad y de Ulúa todo el material de guerra, y ya desmanteladas la fortaleza y la plaza se entregasen al enemigo.

Kératry dice, con este motivo, que Juárez procedía así por ser su ánimo más inclinado á la intriga que al valor. Y esta apreciación del defensor de Bazaine es injusta y falsa.

Nadie ha negado á Juárez, ni el valor personal ni el civil, porque de ambos ha dado pruebas irrecusables. Juárez comete errores aunque él no lo crea así; pero siempre cumple con lo que juzga que es su deber.

En efecto, agotada la República por su guerra intestina, mal podía afrontar una guerra extranjera, y menos cuando tuviera que luchar con las tres naciones poderosas que se habían ligado contra ella.

El gabinete de México, y con razón, creía más conveniente á la salud pública tratar con honra para evitar un conflicto, que apresurar este por una vanidad pueril que hubiera comprometido más esa honra que la calma que se tuviera al principio de la lucha.

El resultado confirmó la exactitud de estas previsiones.

El almirante español creyó sin duda que la fortuna le preparaba la ocasión de hacer la segunda edición de Hernán Cortés. Y solo logró demostrar cuánto degeneraba una raza en el transcurso de tres siglos.

Rubalcaba soñó que era el capitán de Carlos V, y tomando el tono que creía conveniente para ese papel, dirigió una comunicación al gobernador de Veracruz, en la cual, respirando todo el orgullo de un conquistador, pedía se le entregasen la ciudad y el castillo.

No procedió así Cortés cuando saltó al nuevo continente. Sus primeras palabras á las razas indígenas respiraban conciliación y fraternidad, para mejor disimular los planes de conquista; pero Cortés era un hábil conquistador, y si hay mucha distancia del original á la copia, mayor la hay todavía del héroe á su caricatura.

La contestación del general Llave, digna y mesurada, decía al almirante español que abandonaba la ciudad, porque así se lo había ordenado su gobierno, pero que sin esto sabría defender la inmunidad de su suelo patrio.

La ciudad quedó casi desierta; inmensas caravanas pasaban cruzando aquellos médanos sombríos y tristes como sus ánimos. Los habitantes de Veracruz veían con dolor que su ciudad querida, que la ciudad heroica, iba á ser ocupada por los invasores.

Los soldados de la República se retiraban también llenos de despecho por no haberseles dejado cruzar sus armas con el enemigo.

Al día siguiente, el 15 de Diciembre, la plaza fué ocupada por las tropas españolas.

Lo repetimos, todo quedó violado con ese hecho. El derecho de gentes, el derecho internacional y la convención misma de Londres, merecieron muy poco respeto á la España, que se atrevía al fin, cuando estaba cierta de que venían á su espalda otras dos potencias á apoyarla, á hacer

lo que durante cuatro años intentaba sin atreverse á realizarlo.

El tiempo se nos estrecha, y no podemos encenegarnos en esa multitud de proclamas y decretos que dió el otro gefe español Gasset, hablando en nombre de las tres potencias, y desarrollando los principios intervencionistas.

Todos esos documentos están perfectamente juzgados ya.

Lo único notable que merece consignarse, fué, que en aquellos momentos de transición, tomó mayor consistencia el rumor de que se pensaba plantear en México la monarquía.

Al fin llegó á Veracruz la expedición anglo-francesa, el día 7 de Enero de 1862.

Las tropas saltaron á tierra inmediatamente, formando el ejército intervencionista un total de nueve mil seiscientos diez hombres.

El general Prim, que las mandaba en gefe, llegó el día 8, y al punto destituyó á Gasset y lo envió á la Habana.

A los dos días, es decir, el día 10, los comisarios aliados dieron su célebre manifiesto.

En ese precioso documento, en medio de los cargos que se hacían á México, siempre calumniosos y apasionados, como salidos de la misma fuente, se promulgaba de nuevo la protesta de que no venían los aliados con planes de conquista, restauración ó intervención en la política interior ni en la administración del país.

Los comisarios manifestaban á los mexicanos en su proclama, que solo buscaban la satisfacción de los agravios inferidos, y la garantía de la deuda.

Esta declaración no era muy leal de parte de algunos de los signatarios.

Tras de esta proclama vino la presentación de las reclamaciones que las otras naciones hacían á la República.

El lobo que estaba arriba de la corriente de un río reprochaba al cordero que le enturbiaba el agua, cuando este bebía en la parte inferior del curso de ella.

Las tres naciones reproducían la fábula de Esopo.

Tampoco el carácter de esta obra nos permite analizar el *ultimatum* que las contenía. Solo mencionaremos que la reclamación francesa pareció tan absurda y exajerada á los comisarios españoles é ingleses, que no queriendo asumir la responsabilidad de aquella pretensión, ni hacer á sus respectivas naciones solidarias de aquella exigencia, determinaron dirigirse cada uno al gobierno mexicano, violando por segunda vez el convenio de 31 de Octubre, en cuyo espíritu estaba que los actos de las tres potencias aliadas fueran colectivos en su expresión oficial.

La Francia reclamaba sesenta millones de francos, y en el artículo 3º de su *ultimatum* se exigía el pago del contrato Jecker! Saligny no olvidaba su negocio: por eso cuando lo interpellaron el conde de Reus y Wyke sobre la comprobación de su crédito, contestó el digno diplomático, que nadie tenía el derecho de examinar el valor de su reclamación.

Aunque se deja entender, no olvidemos que los dos ministros habían ido á unirse á la expedición hacia días, saliendo de la capital de la República.

Volvamos por un momento la vista á México.

Después de mil incidentes parlamentarios, el ministerio Zamacona, que sucedió al Sr. Zareo, había tenido que retirarse ante la derrota que sufrió en el Congreso el tratado Wyke-Zamacona.

La opinión pública llamó entonces al general Doblado á formar el nuevo gabinete.

Ese hombre era una de nuestras ilustraciones públicas:

tengo, pues, que tocarlo delineando á grandes rasgos esa gran figura.

Doblado era hijo del Estado de Guanajuato. Allí, en aquel rincón de la república, comenzó á demostrar sus altas dotes administrativas, llegando á hacerse el dictador, pero el único gobernante posible de aquellos pueblos en la crisis por la cual atravesaban.

De una talla regular, grueso, su busto era ancho y hercúleo. Su rostro cuadrado, sus mejillas llenas y un poco colgantes, su barba enteramente rasurada, su boca vulgar, su color blanco y su pelo rubio oscuro tocado con el corte de la tonsura, le daban el aspecto de un jesuita italiano. Pero sus ojos bañaban aquella fisonomía con una espresion de inteligencia y de atractivo insuperables: y sin embargo, eran pequeños. Mas habia en su mirada toda la penetrante intensidad de la luz eléctrica, y revelaba esa profunda investigacion que penetra el pensamiento ajeno, en el hombre que se tiene enfrente, y que vá á buscar su idea hasta las últimas ondas de su cerebro, y sus sentimientos hasta los últimos pliegues de su corazón. A Doblado no se le engañaba jamás.

Era una inteligencia privilegiada, y como diplomático, el primero de su época. Un día, en París, Julio Favre y otros diputados de la oposicion, pedian á un mexicano el retrato de Doblado, diciéndole:

—“Queremos conocer á ese ministro que se ha burlado de todos los diplomáticos europeos.”

El partido liberal receló siempre del gobernador de Guanajuato: es que ese hombre jamás quiso ser partidario, sino jefe de partido, por lo cual nunca se ligó con los diversos círculos políticos que habia en el país.

Como las altas inteligencias, era profundamente escéptico; tenia un fin, se proponia un objeto, é iba recto hácia él sin vacilar y sin preocuparse de los obstáculos que encon-

traba á su paso. Por eso se esplica que alguna vez hubiera proclamado un plan de religion y fueros, y que apesar de haber planteado á su vez en Guanajuato las leyes de reforma, se le viera asistir algunas veces á los actos públicos del culto cristiano, y al día siguiente desterrar á un clérigo conspirador, ó obtener un fuerte préstamo del partido conservador de la ciudad.

Si hubiera nacido en otra época y en otro siglo, hubiera sido un Luis XI, un Richelieu ó un Cromwell.

Con todas las prevenciones que podia engendrar un carácter semeiante á un partido tan suspicaz como el partido liberal rojo, entró ese hombre al poder.

• Pero no consintió en ser jefe del gabinete, sino despues de haberse presentado ante la cámara, y de arrancar facultades amplísimas, como jamás se habian concedido bajo la forma constitucional, porque importaban una violacion del código del país. Para espresarlo en una sola frase, diremos que sus facultades se estendian no solo en lo relativo á la administracion interior, sino hasta en hacer tratados con las naciones estrangeras, segun lo juzgase conveniente.

Desde el día que el Congreso abdicó así ante el gabinete Doblado, su presencia era una fórmula; la dictadura quedó erigida.

Como muy poco he de volver á hablar de Doblado, diré, que desde el momento en que se encargó de la direccion de los negocios públicos, tomaron estos un giro muy distinto del anterior.

Se sintió al punto que una mano firme dirigia todo.

Ese gabinete apresuró la organizacion y el aumento de las fuerzas nacionales.

Decretó que estando la patria en peligro, el erario público estaba en la bolsa de los particulares, y que no habia propiedad porque todo era de la nacion.

Sujetó á la prensa, á esa prensa mexicana tan digna y tan

entendida, pero que solia, con su franqueza democrática, perjudicar el servicio del Estado, ya haciendo imprudentes revelaciones que debian ignorar nuestros enemigos, ya hiriendo en su entusiasmo intereses que era peligroso tocar.

Doblado, en fin, fué el autor de la célebre ley de 25 de Enero de 1862 contra los traidores. Jamás, como en esta vez, ha sido tan verdadero el axioma de que el estilo es el hombre. El alma de Doblado está vaciada en esa ley. Si nuestro papel de historiadores imparciales nos obliga á compararla con la de 3 de Octubre, tenemos que confesar que es mas cruel y mas sangnaria la espedita por el gobierno liberal. En ella no habia gradacion ni calificacion en el delito, sino que la infidencia en todos sus grados, hasta la receptacion moral de ella y el contacto con ella, estaban conminadas con la misma pena. Segun la ley de 25 de Enero, lo mismo debia fusilarse á Almonte, que á un sacristan que repicase celebrando la entrada de los franceses.

Esa ley tiene una disculpa, que ante todo estaba la salvacion de nuestra nacionalidad.

Y tiene un título indisputable de superioridad sobre el decreto de Maximiliano de 3 de Octubre; que habia sido espedita legalmente por la autoridad legítima del país, mientras que el decreto lo daba un usurpador.

Desesperada era la situacion que se confiaba al nuevo gabinete.

Apesar de los frecuentes triunfos de la República sobre los pequeños ejércitos de los reaccionarios, los restos de estos pululaban por todo el territorio mexicano: todos los Estados estaban amagados, y todos los caminos interrumpidos.

Mejía, desde la Sierra, invadia cuando se le antojaba la capital de Querétaro, el camino de México, y los Estados de San Luis y de Tamaulipas.

Lozada merodeaba desde Guadalajara hasta Tepic; Vicario y otros mil en el Sur. . . . Imposible nos seria formar, sin detenernos demasiado, la lista de todos los gefes de gavillas que infestaban el país.

Doblado se atrajo á muchos de ellos, y continuó sus conferencias con otros, á fin de ligarlos á la causa de la nacion contra el invasor.

Márquez, entretanto, mandando un ejército numeroso, recorria varios lugares del país, esquivando todo encuentro formal, pero dejando una estela de sangre y de lágrimas por donde pasaba.

Despues de la vuelta á la capital de los porta-pliegos, y de su retorno al campo enemigo: despues de algunas comunicaciones cambiadas entre nuestro gobierno y los aliados, cuyo contenido conserva secreto el archivo, Doblado partió para Veracruz.

Entónces corrió tambien el rumor de que habia ido al campo de Zuloaga, presidente trashumante de los conservadores, un comisionado, que usando de las instrucciones del ministro de relaciones, habia logrado trastornar los planes del directorio, y sembrar la division entre los rebeldes.

Doblado y los comisarios extrangeros se entendieron al momento, menos Saligny. Esto era preciso: si el ministro mexicano hubiera podido ofrecer algo mas de lo que importaria la *recompensa* que prometia al ministro francés en su carta de 7 de Noviembre de 1862 el hermano de Jecker habria sido posible acaso evitar la guerra.

Lleguemos á la Soledad, á ese pequeño pueblo de nuestra costa oriental, cuyo nombre pesará en la historia de la Francia de una manera mas dolorosa que el de Waterloo. Algun dia, cuando sea dado al pueblo francés pedir cuen-

tas á su gobierno imperial de lo que han hecho de su honra, será mas severo al recriminar á Napoleon III por la ruptura de los convenios de la Soledad que por la derrota del 5 de Mayo.

Pero no anticipemos los sucesos. Caeria yo entónces en ese mismo desórden cronológico y en la falta absoluta de método que se nota en toda la obra de Kératry.

México conoce perfectamente la fórmula de los preliminares de la Soledad. Ese fué el gran triunfo de Doblado.

Reconocimiento de nuestro gobierno, glorificación de nuestra bandera izada de nuevo en Veracruz y en Ulúa, y la protesta solemne de que las tres naciones aliadas nada atentaban contra la independencía y la autonomía de México: hé aquí las valiosas concesiones arrancadas por Doblado á los comisarios extranjeros.

Lo que daba en cambio honraba mas aún al país y á su representante.

Se permitia en efecto que el ejército aliado saliese de la zona del vómito y ocupase puntos propios para la salud del soldado, mientras se abrian en Orizaba las conferencias definitivas. Esto era altamente humanitario.

Pero se estipulaba que si se rompian las negociaciones, las fuerzas de los aliados retrocederian á sus antiguas posiciones hasta Paso-Ancho.

No se hubiera alcanzado mas despues de una victoria, aunque lo era el triunfo del buen derecho, ayudado de las altas dotes de nuestro representante.

Saligny firmó esos preliminares de la Soledad, fechados el 19 de Febrero de 1862.

La República tuvo un momento de calma, porque todos los ánimos estaban agitados en espera de la crisis prometi-

da, y el anuncio de los tratados fué recibido con verdadero y público entusiasmo.

Es que el país deseaba la paz para consolidar sus instituciones y afirmar su autonomía.

Solo el partido conservador no pudo disimular el despecho que le causaron esos anuncios de un tratado que afirmaba mas la autoridad del gobierno constitucional. No era eso lo que aguardaba del ejército extranjero que á costa de su honra habian llamado á su patria.

Doblado tornó á la capital y las cosas tomaron su estado normal. En cumplimiento de lo estipulado, las tropas aliadas ocuparon las localidades que se designaron fuera de la zona de la fiebre de la costa.

Pero en Europa no tuvo ni eco esa noticia.

La Inglaterra aprobó los tratados de la Soledad, y lord Russell fué enteramente lógico en su conducta posterior, hasta que mas tarde, al saber las intenciones verdaderas de la Francia, dijo que no se opondría al establecimiento de la monarquía en México, siempre que no fuera impuesta por la fuerza, sino el resultado del sufragio libre y universal.

España, con ligeras recriminaciones, tambien aprobó los actos de sus representantes.

Pero Francia, solidaria ya y enteramente complicada en el plan revolucionario de Almonte y en el pequeño negocio de Saligny y Jecker, rechazó estos preliminares diciendo que eran contrarios á su dignidad.

Y sin embargo Jurien de la Graviere no se había separado un punto de las instrucciones que recibió de Thouvenel al partir para la expedición.

Y sin embargo el juicio ulterior del mundo entero ha vindicado la conducta del admirante condenando con una eterna reprobación los actos del gobierno imperial.

Pero la Francia necesitaba que le desocupara Juarez el puesto para colocar á su candidato.

Retiró á Jurien de la Graviere y concretó todos los poderes en Saligny.

Lorencéz llegó con refuerzos; el buque que lo traía, segun afirmacion del ministro francés, esperó en el puerto cuatro dias aguardando á Almonte por órden espresa de Napoleon III.

El 1º de Marzo llegaron á Veracruz Almonte, Haro y Tamariz, y Miranda.

Inmediatamente quiso el primero plantear su eterno sueño, proclamándose gefe supremo de la nacion, é intentó seducir á los gefes mexicanos que mandaban la vanguardia del ejército nacional.

Pero el ejército de Oriente era muy digno para asociarse á la empresa Almonte, y el valiente Garcia reveló á su gobierno lo que se fraguaba.

Doblado se dirigió entonces á los comisarios con fecha 3 de Abril de 1862, pidiendo que Almonte y socios fuesen reembarcados, y enviados fuera de la República.

Este incidente hizo estallar la mina.

Aquella liga europea formada por la mezcla de intereses tan opuestos, aquella convencion en la cual se habian aglomerado tantos combustibles, todo terminó con solo la presencia de Almonte.

Ese hombre era funesto para cuanto tocaba.

Los comisarios inglés y español, opinaron por la espulsion de Almonte. Saligny cubrió al traidor con el pabellon francés.

Y Brillault, el opositor vendido al poder, el eterno calumniador de México, cuando habló en la cámara del negocio Almonte, espuso el hecho á la representacion francesa, diciendo que la Francia no podia faltar á sus tradiciones de grandeza negando su amparo á un proscrito, y entregándolo á su enemigo.

Me he propuesto ser enteramente imparcial en esta his-

toria y no quiero levantar las cenizas que cubren los justos rencóres del pasado. Por eso no recuerdo que una vez el gobierno francés del primer Bonaparte invadió un territorio extraño y allí capturó á un proscrito de estirpe real, y á media noche lo fusiló en un sitio real, poniendo una linterna encendida en el pecho del prisionero para que pudiera hacer puntería el peloton que lo ejecutaba.

Tampoco quiero recordar que el segundo Bonaparte, e actual, exigió á la Suiza y á la Bélgica, que espulsasen de su suelo á los proscritos del 2 de Diciembre.

Nunca olvido que los pueblos no son responsables siempre de los crímenes de sus gobiernos.

Y me limito á rectificar la mentira que Billault osó vertir en el cuerpo legislativo, cuando dijo que el gobierno mexicano pedia que le entregasen á Almonte y cómplices. Lo que se queria era que salieran del país.

La situacion que guardaban entre sí los comisarios era tan forzada y tan tiraute, que comprendieron no podia prorogarse mas.

El dia 9 de Abril se reunieron en Orizaba.

Todo el país conoce la acta de esa reunion motivada aparentemente para discutir la nota de Doblado en la que pedia la espulsion de Almonte.

Pero el verdadero móvil para nadie es ya un secreto.

No puedo, no debo pues, detenerme aquí mas.

Prim, tan caballero y tan digno como siempre, defendió el buen derecho de México, y mantuvo muy alta la dignidad de su nacion. Con esta conducta, el general español cegó la laguna de ódios que separaba antes nuestra patria de la suya: México siempre recordará con gratitud el nombre de Prim.

Los comisarios del gobierno británico también se colocaron al lado de la República defendiendo la justicia con toda la lealtad inglesa.

Los comisarios franceses, por el contrario, apresuraron el rompimiento, siguiendo en esto las intenciones secretas de su gobierno.

Saligny remató su obra de iniquidad diciendo que su firma, puesta al calce de los tratados de la Soledad, valía menos que el papel en que estaba escrita. El hombre se juzgó á sí mismo.....

Pasemos adelante, que el espacio se nos estrecha.

Prim reembarcó sus tropas: los marinos ingleses también se hicieron á la mar.

La triple alianza había concluido, siendo este el primer triunfo moral obtenido por la República.

México y Francia quedaban frente á frente.

Lorenz, que había traído tres mil quinientos hombres de refuerzo, comenzó las operaciones inmediatamente.

En los convenios de la Soledad se había estipulado que en caso de que se rompieran los preliminares, el ejército retrocedería hasta Paso-Ancho, punto de su partida, repasando las posiciones del Chiquihuite.

El ejército francés faltó á lo prometido, con un fútil pretesto que hoy está ya perfectamente desmentido.

Pero acaso se me crea parcial. Para juzgar este hecho, repitamos las palabras de Kératry; el confidente de Bazaine, el digno oficial francés, dice así:

—“Un pueblo civilizado (la Francia) que se jactaba de llevar á una nación casi bárbara el respeto del derecho y de los compromisos contraídos, comenzaba por hollar con los pies una promesa solemne. Esto fué una doble falta. Además de que disminuyó el prestigio de nuestra fuerza, éramos los primeros que abrimos la puerta á la traición.”

¿Es recusable este juicio?

El ejército francés avanzaba rápidamente: entre sus bagajes iban Saligny, Almonte y demás misioneros de la monarquía.

La República lanzó un grito de angustia.

El ejército francés era corto respectivamente á la potencia de su nación: pero era superior á lo que podía oponerle México.

Además, no era el presente lo que aterraba á Juarez, sino el porvenir. La Francia podía poner en México el número de fuerzas que necesitara para realizar su invasión.

La Patria en tanto, minada por la traición y debilitada por la guerra civil, no tenía fé en la victoria: solo le quedaba morir con honra.

Ese partido fué el que tomó.

El primer encuentro tuvo lugar en las Cumbres de Acultzingo.

Zaragoza venía retirándose desde Orizaba.

El ejército francés seguía adelante.

Zaragoza quiso probar la moral de sus tropas, oponer algún obstáculo á los invasores y causarles pérdidas. Escojió su campo é hizo alto.

La perspectiva era admirable, digna de la lucha épica que se preparaba.

Allí la alta mesa de la República se corta rápidamente á pico. Las rocas ceñidas por su magestuosa corona de pinos y encinos están cubiertas de nubes.

De allí descende la montaña hasta el abismo, vestida por la vegetación de todos los climas.

A sus piés está tendido el valle tapizado de flores, de caña y de cafetales. Es la tierra-caliente con su suelo tan fértil, con su aire lleno de luz, de perfumes y de mariposas.

Pero lo admirable son aquellas rocas titánicas que forman las Cumbres.

El camino sube en espiral sobre el costado de la monta-

ña, por una serie de rampas tocándose en sus extremos superiores.

Allí tuvo lugar el primer encuentro.

Arteaga iba al frente de su pequeña columna. El ejército de Oriente se había fraccionado después de los preliminares, y solo quedaban dos mil hombres frente á Orizaba.

El choque fué espantoso, y la avanzada francesa tuvo que retirarse después de su primer impulso: Lorencez hizo avanzar sus batallones, y el combate se hizo general.

El ejército francés traía el orgullo de su justa reputación militar: el ejército mexicano tenía la justa ira que le causaba mirar tan injustamente agredida su patria.

Una nube de humo envolvió á los combatientes, rasgándose con los incesantes disparos del cañón.

Repentinamente en medio de aquel torbellino de fuego y metralla, cayó herido el general Arteaga.

Entonces comenzó la retirada de las fuerzas mexicanas, paso á paso, y sin ser molestadas por el enemigo.

Zaragoza concentró sus fuerzas en Puebla; los franceses casi inmediatamente se presentaron frente á esta ciudad.

El día 5 de Mayo de 1862, los primeros soldados del mundo fueron derrotados por los mexicanos, inferiores en número, en táctica y en estrategia, en el fuerte de Guadalupe y en todos los puntos de la ciudad que intentaron tomar por asalto.

Zaragoza se hizo inmortal en ese día, vindicando á su patria de tanto insulto como se le había inferido. El gobierno imperial llevó una lección muy dura.

Había yo olvidado intencionalmente al partido intervencionista.

Hasta la ruptura de los convenios de la Soledad, los conservadores que no veían claro en aquella situación tan anómala, temían ligarse en una empresa incierta.

Esto hacía que solo los que poseían el secreto de la Fran-

cia, se agruparan en torno de Almonte. La facción monarquista era, pues, tan pequeña, que se perdía entre tanto acontecimiento tan grave, y que tanto agitaban el interés público.

Retrocedamos un poco.

Lorencez no quería, al recibir el mando del cuerpo expedicionario, retroceder hasta Paso-Ancho en cumplimiento de lo estipulado en la Soledad.

Y no retrocedió: al contrario, avanzó sobre Orizaba, pretestando que los mexicanos intentaban asesinar á los franceses enfermos que había en el hospital de la ciudad.

Documentos llenos de autenticidad, y publicados posteriormente, desmienten esa calumnia: sobre todo, la nota de M. Colson, cirujano en jefe del ejército expedicionario, dirigida al general Zaragoza, desmiente el aserto de Lorencez.

Sea lo que fuere, el general francés, violando lo pactado, asaltó á Orizaba, y la ocupó el día 20 de Abril de 1862.

Esa misma mañana, los intervencionistas improvisaron un pronunciamiento, levantando una acta, en la cual proclamaban á Almonte *Cefe supremo* de la nación.

Como más tarde el mismo general francés, por orden de su emperador, tomó á Almonte del cuello y lo arrojó del puesto imaginario en que soñaba estar, no tengo porque detenerme en detallar los episodios de ese gobierno efímero, que más parece el estravío de un loco, que el golpe de mano de un ambicioso audaz.

Algunos años después, el mismo Almonte, cuando en una tertulia del palacio hacía mención de este hecho, lo relataba de esta manera:—"Cuando me echaron á patadas los franceses....." Y al decir esto sonreía, y no se notaba que subiera por su rostro la ola de la vergüenza.

Pero el pronunciamiento de Almonte produjo algún desconcierto en las filas de los reaccionarios, porque hería las

ambiciones de los gefes, de Zuloaga sobre todo, que aun se denominaba presidente de la República.

Doblado era muy hábil para no explotar esta division: así es que la fomentó enviando al campo de Márquez un agente que poseia toda su confianza. Al mismo tiempo hizo que la caballería nacional se aglomerase cerca del lugar que ocupaban las fuerzas reaccionarias.

Gracias á este doble plan, no se reunieron los traidores á los franceses, apesar de que Almonte llamaba con ansia á Márquez, y Miranda escribia con igual objeto á Cobos desde San Diego de los Álamos el mismo dia 5 de Mayo.

Recorrido así ese período histórico que habia suprimido, puesto que he llegado al punto de interseccion, continuaré mi relato.

Despues de su derrota, Lorencez retrocedió hasta Orizaba.

Antes de seguir adelante detengámonos un momento á contestar á Kératry, que al hablar del *negocio del 5 de Mayo*, como decia el lenguaje oficial, hace apreciaciones muy injustas acerca de México.

Segun el escritor francés, el cuerpo de ejército que mandaba Lorencez se cubrió de gloria en esa retirada.

Cada quien entiende la gloria á su manera.

Es notorio que con un órden y una disciplina admirables efectuó el cuerpo espedicionario su movimiento retrógrado. Pero Kératry exagera el número de fuerzas mexicanas que habian obtenido aquel glorioso triunfo.

Aunque se sorprenda dolorosamente el autor, debemos asegurarle que las tropas que mandaba Zaragoza eran inferiores en número á las que atacaron en Puebla.

Acaso el historiador de Bazaine tenga razon en atribuir aquella derrota á la imprevision del gobierno imperial, que

creyó que operaba en China, y á la supina ignorancia de Saligny que dirigia casi la espedicion, influido por los informes de los emigrados mexicanos que venian entre los equipajes del ejército francés, y arrastrado por su interes y su odio.

Sin duda que tambien tiene justicia en reprochar á los suyos el que se hubieran ligado á Márquez, el que habia robado la caja de la legacion inglesa, el que habia fusilado á los médicos en Tacubaya, y el que habia llamado á los extranjeros á su país, precediendo á la bandera francesa la bandera de ese hombre que tiene "*apetito de verdugo*," dice Kératry. Pero este historiador olvida que en la derrota del 5 de Mayo aun no se habia efectuado la reunion de los traidores y el extranjero.

Kératry es altamente injusto cuando dice que México es un país maldito, adonde la palabra *patria* no encuentra eco.

Esa apasionada inculpacion hecha junto á la conmemoracion del glorioso triunfo de Puebla, cuando un puñado de mexicanos, mal armados y casi desnudos, habian arrancado la victoria á los soldados de Magenta y Solferino, está respirando la pasion del despecho y es inadmisibile.

Allí mismo, dice el autor, que el mérito de los liberales fieles á la Constitucion y del presidente Juarez, es el de no haber entregado su patria al extranjero. Esta confesion habla muy alto y es muy justa; pero incompleta.

Kératry debe atender á que el país entero, menos un puñado de hombres, se pusieron al lado de los liberales, pues sin esto, el gobierno de la República hubiera sido impotente para contener la invasion de una nacion poderosa, en consorcio con la traicion que les abria las puertas de la patria.

Si los pueblos fueran siempre responsables de las aberraciones de sus gobernantes, cuanta inculpacion pudiera hacerse á la Francia al recorrer las páginas sangrientas de su historia! Y sin embargo, en México se estima altamente

á esa Francia tan generosa y tan inteligente, cuyo nombre se tomó para traernos una guerra de cinco años. Un escritor tan imparcial algunas veces y tan ilustrado como Kératry, debía suprimir frases como estas que mas bien lastiman el buen nombre de quien las vierte.

Rectificado este insulto, que tanto heria la honra de la nacion, seguiré tan penosa tarea.

La intriga comenzó á agitarse en el campo francés estimulada por Almonte y socios.

Se creyó que el oro podia hacer lo que no habian alcanzado las armas, y bajo tan errónea creencia se invitó á Negrete y á O'Horan á que defecionaran. Taboada, que fué el órgano de esta intriga, recibió una repulsa enérgica de los dos gefes del ejército nacional.

Cuatro meses duró aquella situacion.

En su trascurso pasaron hechos notables que ligeramente mencionaré, porque la naturaleza de este trabajo no me permite estenderme demasiado.

Márquez, despues de haber dominado con mucha fatiga la division que reinaba en su campo, pudo al fin obedecer la órden de Almonte, y se puso en marcha para ir á unirse al invasor.

Pero en Barranca Seca encontró un obstáculo insuperable. Allí habia una fuerza mexicana que lo batió, y que lo hubiera derrotado completamente haciéndolo prisionero, si no hubiera ido á salvarlo el 99 de línea.

Al fin los reaccionarios pudieron llegar á Orizaba á reponerse de tan larga y tan desgraciada campaña.

Entretanto la República se ponía en pié de guerra y todos los Estados enviaban sus contingentes al teatro de los sucesos.

Gonzalez Ortega conducia los del Estado de Zacatecas y algunos otros hasta completar seis mil hombres.

Entonces comprendió Zaragoza que debía tomar la iniciativa, y avanzó sobre Orizaba intimando rendicion á la plaza el dia 11 de Junio de 1862.

El gefe francés contestó que solo el comisario francés, es decir, Saligny, tenia poderes para entrar en convenios. Zaragoza jamás se hubiera permitido tratar con ese hombre.

Tenia el héroe mexicano su plan de campaña.

Segun la combinacion, el ejército de Oriente debía apoderarse del Ingenio, mientras el cuerpo de ejército de Gonzalez Ortega se apoderaba del cerro del Borrego, que era la llave de la ciudad.

Gonzalez Ortega, caminando sin cesar con su division por lugares adonde jamás se habia posado la planta del hombre, desmontando y haciendo marchar sus piezas á brazos de sus soldados, no pudo llegar al punto que se le habia designado sino muy tarde.

El ataque se difirió para el dia 14.

Pero en la madrugada fué sorprendido Gonzalez Ortega por el enemigo. Los soldados mexicanos dormian, rendidos despues de una jornada de muchos dias, durante la cual caminaban incesantemente.

En medio de la oscuridad se trabó aquel combate horrible, espantoso, en el cual se ignoraba á quien se heria. La carnicería fué espantosa.

Apenas lució el alba, pudo retirarse Gonzalez Ortega con sus fuerzas á Jesus María. Todos los gefes y oficiales que habian escapado de la muerte, estaban heridos: se habian perdido tres piezas de montaña. Pero la mayor parte de division se salvó, y solo fué de sentirse que hubiera fracasado un plan que hubiera concluido con los franceses.

Entonces creyeron estos que podian batir á Zaragoza,